

## Elogio de la pintura. Peter Wüthrich en el CGAC

Perteneciente a una generación de artistas cuyo punto de partida es la reflexión sobre la herencia, las grietas y los caminos abiertos por el arte *minimal*, Peter Wüthrich no prolonga sus aspectos más reductores y ascéticos. Propone una salida cálida, que debemos entender como un verdadero elogio de la pintura como lenguaje vivo y en transformación. Un elogio crítico, apasionado, contemporáneo, que le lleva a entrar en otras disciplinas sin variar una actitud mental conscientemente pictórica, que descubrimos en su afán por cuidar las superficies y controlar al máximo los grados intermedios de color, las texturas, los detalles. No trabaja por acumulación, su punto de partida es una imagen previa muy definida, muy pensada, y aunque utiliza materiales y un sistema de combinaciones en principio reducido, persigue siempre efectos matizados, calidades intermedias, gradaciones, como haría un pintor de los que llamamos *postminimalistas*.

Con independencia del medio en el que plantea su obra, Peter Wüthrich procede como el pintor que mide con cuidado esos matices partiendo de una asombrosa claridad conceptual, de un medido orden compositivo que controla incluso los ritmos temporales de ejecución. De ese modo reivindica una relación directa (física pero también mental) con la obra, como si defendiese que es tan importante la imagen última como la disposición y el camino recorrido hasta alcanzarla.

La imagen del viaje es especialmente próxima a Wüthrich: su obra es un verdadero paseo, un recorrido por los significados y posibilidades de un objeto convertido en materia y eje central de sus investigaciones, el libro. Hace diez años lo eligió

como punto de partida para realizar sus obras y desde entonces no ha dejado de romper los límites impuestos por un soporte tan atractivo como difícil. La voz que dirige sus acciones es eminentemente plástica pero a su mundo intelectual e iconográfico se suman, como si se tratase de ecos, pequeños fragmentos de fotografías que reproducen modos de leer, motivos que decoran las encuadernaciones, palabras seleccionadas por su valor semántico o su potencial icónico. Detalles que se incorporan a su imaginario, completando una mirada seductora y seducida por las posibilidades del libro como objeto y centro de muchos gestos: la mirada, la lectura, la imaginación.

En la textura de la tapa dura monócroma de la encuadernación del libro encuentra un medio que le sitúa en el centro del debate *postminimalista* centro-europeo: pintura de base geométrica, desarrollada a partir de un módulo rectangular, recurriendo a una pulsión del color nada rígida. Cálida, graduada. El espectador no tarda en identificar detalles a medida que entra en la obra: la seducción de la escala cromática; el choque entre una composición estable que al final se adivina fruto de la selección de motivos; la relación que se establece entre los títulos elegidos... Cada libro hace las funciones de pincelada y color, matizado éste en su desgaste como objeto. Nueve libros sobre la pared componen una pintura de sutiles efectos plásticos, a los que surgen de inmediato nuevas posibilidades: cada libro es la monografía de un artista y el espectador imagina que ni es casual la elección ni, por supuesto, lo son la disposición cromática o el diálogo provocado entre los pintores escogidos. Del espectador depende proponer otro tipo de *lecturas*, para satisfacción de un Wüthrich que se centra en las cuestiones plásticas.

Pasan los años y su sistema demuestra una asombrosa eficacia: nunca da un paso que cierre,

condicione o defina la manera de ver las obras. Al contrario, alcanzado un objetivo el paso siguiente es tentar sus límites hasta superarlos. Ampliar el campo de trabajo sin variar su motivo inicial de reflexión. Ocurre cuando realiza una serie de dipticos en los que combina dos colores a cuya vibración cálida, sin estridencias, alude su título: adjetivos. La propuesta es sugerente: un color matiza al otro, y el artista se establece en una vertiente cálida de la pintura. De nuevo la idea de completar, de añadir, de relacionar, de pasear, de crear una especie de entorno de confianza en el que quien observa debe terminar de definir lo que ve.

Ese punto de indefinición visual, de leve ambigüedad, rasgo extremadamente contemporáneo, va acompañado de una sorprendente habilidad para ampliar poco a poco su discurso: la pintura se gradúa, se *licúa* en sutiles juegos de acuarela. Los libros invaden un espacio como si fuesen una lengua o una mancha que avanza y extiende reivindicándose como forma; pero también ocupan un espacio definido y el reflejo de una luz indirecta prolonga el color dominante, caso de la serie *Literarisches Aquarell* oder *Let's talk about red* (*Acuarela literaria* o *Hablamos sobre el rojo*). O se hace más sólida y da paso a lo tridimensional, dibujando paisajes con libros (*Literarischer Himmel und seine Planeten*, *Cielo literario* y *sus planetas*), o construyendo arquitecturas (*Literarisches Model*, *Modelo literario*). En estos casos, la escala, necesariamente grande, implica utilizar un número considerable de objetos-libro, sin que la obra final pierda el sentido de levedad que tienen los trabajos de Wüthrich. Pueden pesar los libros como materia pero nunca visualmente, sin duda por el cuidado con el que Wüthrich relaciona obra y espacio, o el interés con el que cuida los detalles, caso del ritmo buscado en las paredes exteriores de *Literarisches Model*. Incluso la elección de libros de diferentes formatos anula la

rigidez que implicaría utilizar volúmenes homogéneos, que harían más sencilla la realización de la obra restándole presencia pictórica. En *Literarischer Himmel*, la doble visión frontal y vertical de la obra permite que se extienda y gane una ligereza visual a la que contribuye el recurso de esos planetas que no son sino libros cuyas páginas han sido convertidas en un hilo de líneas que posteriormente se enovilla para dar forma al planeta.

En paralelo, junto a estas piezas constructivas, nacen otras más lúdicas, en las que el libro como objeto adquiere animación, dinamismo. Su origen está en la proximidad que establece Wüthrich con el libro y su conocimiento táctil como objeto. Fotografiarse leyendo con los ojos vendados, provocar que su gato comparta esa proximidad son maneras de preparar la animación del libro. Un objeto que cobra autonomía cuando lo lanza al aire y vuela como un pájaro. Supongo que para evitar que el resultado parezca azaroso dada su pequeña escala, presenta las obras primero como fotografías (la serie *Imago*), más tarde en vídeo (*Kurzgeschichten*, *Pequeñas historias*), mientras rescata los motivos decorativos de las encuadernaciones o realiza redes, verdaderas telas de araña, para inundar el espacio con marcapáginas de seda (*Die Kunst des Schauens*, *El arte de mirar*). Otra metáfora feliz, porque toda su obra se levanta (se presenta) como una sutil tela de araña en la que los puntos de unión son tanto materiales como emocionales, de nuevo el libro como objeto y fuente de recurrencias, no en vano es símbolo de una cultura viva, que se usa, se siente y comparte. Cada paso amplía las posibilidades de su lenguaje, pero es la precisa elección del medio lo que da fuerza y agilidad al trabajo de Wüthrich. Lo que termina por mostrarnos que el libro es detonante pero también excusa, materia – poética y literal– del arte.